

### RIENZI.

6

### EL ÚLTIMO TRIBUNO.

#### (CONCLUSION.)

Enseñó el senador al pueblo el *Gonfalon*, en el cual brillaba la divisa y las armas de Roma republicana, y comenzó de este modo:

—Yo también soy romano y ciudadano como vosotros: escuchadme.

—No, no le escuchéis, gritó Cecco del Vecchio con una voz que dominaba la de Rienzi; su mentida falsa elocuencia, sus doradas frases se disponen a engañarnos de nuevo.

—¡Caiga el tirano, no haya perdón para el infame! exclamó un joven recorriendo los grupos, y el senador reconoció en él á Angelo Villani.

—¡Muera á hierro el que con hierro mata! oyó decir muy cerca de sí, y al través de los hierros de la inmediata torre creyó ver brillar los ojos de un tigre; eran los del hermano de Montreal.

Al mismo tiempo se elevó hasta el cielo un clamor general.

—¡Muera el tirano! ¡muera el que ha recargado al pueblo con impuestos!

Una nube de piedras rebotó contra la armadura del senador; este no se movió; ningún músculo de su rostro anunciaba el temor. La convicción del maravilloso poder de su elocuencia le conservaba la esperanza de salvarse, si legraba hacerse escuchar; permaneció, pues, absorto en sus pensamientos, indignado, pero resuelto. Sin embargo, la fama de esta misma elocuencia era su mayor enemigo; los caudillos de la multitud temblaban de que el pueblo quisiese oírle, y «no hay duda, añade su biógrafo contemporáneo, si hubiera podido hablar, hubiera convertido á los amotinados.»

Los soldados de los barones se habían ya mezclado entre el pueblo, y otras armas más peligrosas que las piedras secundaron la rabia de aquella frenética muchedumbre; los dardos y las flechas oscurecían la atmósfera; y no tardó en oírse el funesto grito de *Abraseos el Capitolio*.

Aparecieron multitud de hachas de viento, y cualquiera hubiera creído que se había desencadenado entre aquella turba una legión de demonios. ¿Y podía en efecto encerrar el infierno unos demonios más terribles que aquellos seres humanos que componían las filas de aquel furioso populacho? Corrieron desalentados á amontonar paja y maderos delante de las puertas del Capitolio, y el humo que empezó á elevarse en columnas movibles hizo retroceder á las turbas.

Rienzi no estaba ya en el balcón; una flecha había atravesado su mano; aquella mano que sostenía el *Gonfalon* de Roma; aquella mano que había dado una constitución á la república. Se retiró al salón abandonado; sentóse en unos almohadones, y lágrimas amargas, no débiles, sino de aquellas que derrama un guerrero cuando ve desertar á sus tropas, de las que vierte el buen patriota cuando sus conciudadanos se precipitan en un abismo, corrieron en abundancia de sus ojos, y aliviaron su corazón sin hacerle perder su bravura.

—Basta, basta, exclamó levantándose y reteniendo su llanto con desprecio: he emprendido, he trabajado más que lo que debía en beneficio de esa raza degenerada. Al fin lo conozco; soy más noble que mi país, y renuncio al proyecto grande, indigno de este pueblo ingrato. Es tiempo ya de pensar en mi seguridad; dejemos que Roma perezca, pues no merece mi sacrificio.

Bajo la influencia de este último sentimiento, presentósele la muerte con un aspecto menos augusto, y se determinó á hacer lo posible por salvar su vida, á fin de humillar á sus enemigos burlando sus inhumanos intentos. Despojóse de aquellas armas brillantes; confiándose en su destreza y astucia calculó en un momento el medio más á propósito de verificar su fuga. Abandonó el salón, entró en los aposentos de sus criados, púsose un traje grosero, hizo un gran lío de efectos preciosos y lo colocó sobre la cabeza, de modo que le cubriese también el rostro, como para dar á entender que los había robado, y murmuró en medio de su antiguo y fantástico riso:

—Ya que todos me abandonan, también puedo yo abandonarme. En seguida aguardó el instante favorable para escaparse.

Las llamas se elevaban con espantosa rapidez: la puerta exterior estaba ya consumida, y del aposento que Rienzi acababa de dejar salían grandes bocanadas de humo: triscaban las maderas, derretíase el plomo, y una horrorosa entrada se presentaba por fin al populacho, al paso que retemblaba el orgulloso Capitolio. El momento había llegado. Rienzi atravesó el vestíbulo, bajó la escalera y se encontró en medio de la multitud.

—¡Rico botín, amigos míos! dijo en dialecto romano y disfrazando la voz. *uso, suso, a gliu traditore*. El torrente se desbordaba por su lado, y continuó

él avanzando, y por último se vió en el último escalón del palacio. Llegó á la salida.... la libertad, la vida de Rienzi parecían aseguradas.

Uno de sus mismos soldados le detuvo.

—No se pasa por aquí, le gritó. ¿A dónde vas?

—Centinela, ten cuidado de que el senador no se escape entre la muchedumbre dijo Angelo Villani.

Acudieron otros, quitaron á Rienzi el bulto que llevaba en la cabeza y quedó descubierto.

—Soy el senador de Roma, exclamó con voz de trueno. ¿Quién se atreverá á tocar al representante del pueblo?

La multitud le cercó por todas partes y lo condujo casi arrastrando entre sus furiosos oleajes hasta la plaza del Leon. El coloso aparecía iluminado con las llamas del incendio, y su color era sangriento.

Los furiosos retrocedieron delante de la grandeza de su víctima. Silencioso y tranquilo paseaba Rienzi sus miradas en torno suyo, y ni la humildad de su traje, ni el sentimiento repugnante de haber sido sorprendido, alteraron la magestad de su rostro, ni animaron el valor de la multitud que iba apiñándose. El abrasado Capitolio arrojaba las siniestras luces de su incendio sobre aquella escena terrible, y por toda la extensión de las calles contiguas se divisaban sus lúnebres reflejos, que iban á herir los estandartes de los Colonna, de los Savelli y de los Orsini. Los verdaderos tiranos de Roma llegaban á despedazar su seno, y apenas resonaron sus clarines, cuando el populacho cobró su ya perdida resolución. Rienzi quiso hablar entonces, y la primera palabra que pronunció fué la señal de su muerte.

—Muere, tirano, le dijo Cecco del Vecchio, sepultando su daga en el pecho del senador.

Muere, verdugo de Montreal, gritó Villani; he aquí el cumplimiento de mi gran deber. Y le dió la segunda estocada. Viendo en seguida que el herrero, sediento de sangre asestaba al senador furiosos golpes, arrojando gritos de salvaje alegría, y hollando con sus inmundos pies el cadáver del león abatido, miróte el joven con amargo desprecio, y le dijo envainando su acero y separándose de la multitud:

—¡Loco miserable! Ni tú, ni esos bárbaros que te rodean tenéis que vengar la sangre de los vuestros.

Nadie comprendió estas palabras, ni hizo caso de la fuga de Angelo. En el instante en que Rienzi cayó sin proferir un gemido, cuando la multitud se acercaba furiosa á su cuerpo ensangrentado, una voz clara, triste, desesperada se hizo oír, é impuso silencio á todos los clamores. La desgraciada Nina estaba en la ventana de su gabinete nupcial, pero rodeada de llamas, solo se divisaban sus brazos estendidos hácia afuera. Antes de que su agonizante grito se perdiese en los aires, un horrible estallido anunció que toda el ala del Capitolio que ocupaban los aposentos del senador no era ya más que un montón de escombros ennegrecidos.

Surcaba á la sazón una barca solitaria las aguas del Tiber: Roma se dibujaba á grande distancia, pero la claridad siniestra de su conflagración se reflejaba en la sosegada corriente. Ni la pintura, ni la poesía poseen los medios de comunicar al sentimiento la belleza, la armoniosa gracia de aquel paisaje, de aquellos rayos del sol que reverberaban en los campos, de aquella calma encantadora que reinaba en las doradas ondas del río.

Adriano tenía la vista clavada en el Capitolio que sobresalía circundado de llamas por encima de todas las cúpulas, de todos los campanarios de la ciudad. Irene, sin sentimiento, reposando sobre el seno de su amante protector no conocía el horror de aquel momento.

No se atreverán, decía el intrepido Colonna, no se atreverán á tocar un solo cabello de esa cabeza sagrada. Si Rienzi muere, la libertad de Roma morirá con él. Así como esas torres, ornamento y orgullo de la metrópoli de Italia sobreviven á las amenazadoras llamas, así Rienzi sobrevivirá á los peligros, á los horrores de este día funesto. Intacto aun en medio del elemento destructor, el Capitolio es el emblema de su grandeza.

Apenas pronunció estas palabras; cuando una inmensa nube de polvo y de humo oscureció el horizonte, un ruido sordo y confuso llegó á sus oídos á pesar de la distancia; un minuto después; las torres sobre cuyas agujas tenía fijas, sus miradas, habían desaparecido; una llamarada general cubrió la atmósfera, y Roma entera parecía la pira funeraria de su último tribuno.

FIN DEL SEGUNDO Y ÚLTIMO TOMO.



Cada noche que se repite *Maria de Rohan* en el teatro de la Cruz, son mayores los triunfos de la inimitable Tossi, y el insigne Guasco. El público los llama á la escena repetidas veces, y el teatro está siempre lleno. La señora Bernardi cantó muy bien su parte.

El segundo acto del *Columella* fué aplaudido con estrépito.

A mas de *Julietta y Romeo* se ensaya en el teatro de la Cruz para la salida de la señora Rafaelli, la *Inés de Castro*, que se oyó en esta corte á la D' Alberti. Digna de todo elogio es la actividad del maestro Basili, para dar el mayor número de novedades posible.

## BOLETÍN ESTRANJERO.

La gaceta de Ausburgo publica los siguientes pormenores acerca de una persona que ha fallecido hace poco tiempo en Hildburghausen, á donde habia venido á establecerse en el año de 1806, sin que nadie supiese cual era su verdadero nombre, su país ni los motivos que le habian obligado á escojer dicha ciudad para su residencia. Cuando el conde Varel (nombre bajo el cual vania sin duda disfrazado el misterioso extranjero) llegó á Hildburghausen, le recibió en audiencia particular el duque entonces reinante, predecesor del actual. Se ignora lo que pasó en esta conferencia; y todo lo mas que ha podido averiguarse es que el duque manifestó á sus ministros que el extranjero se le habia dado á conocer que él por su parte bajo la palabra de principe le habia permitido residir en su ducado, sin que en ningun tiempo fuese molestado acerca de sus antecedentes, sus medios de existencia, su familia etc.

La señora que vivia con el incógnito y que pasaba por esposa suya, era siempre tratada por él con la mayor consideracion y respeto: pero estaba al mismo tiempo tan fuera de alcance de la curiosidad de sus vecinos, que ninguno de estos podia sospecharse de haberla visto nunca sin velo ó sin máscara. Tanto el conde Varel como su esposa se evadían cuanto estaba en su mano de entrar en relaciones con el mundo y á pesar de todas las tentativas hechas con sus criados, nada absolutamente se pudo inquirir acerca de estos dos misteriosos personajes. Así transcurrieron los años hasta el de 1838, en que esta señora fué atacada de una grande enfermedad, de que falleció en el mismo año; pero aun durante esta enfermedad, su mismo médico no pudo jamás ver su cara y aun era él la única persona que gozaba de la confianza de la familia.

Cuando murió la Condesa, quisieron las autoridades cumplir con los requisitos y formalidades ordinarios en semejante caso, pero el Conde protestó contra esta pretension, como una violacion de la palabra dada, y en su consecuencia, segun las órdenes del duque, se suspendieron las formalidades.

El difunto duque guardó tan escrupulosamente este secreto, que el soberano actual no conoce mas que la existencia de la promesa, sin saber los motivos que hubo para darla. Ahora falta saber si la muerte del conde dará alguna luz sobre este misterioso personaje. Todo lo que se puede añadir es que de cuando en cuando recibia el difunto grandes sumas, que distribuía en objetos caritativos.

En la ciudad de Buillon, en Bélgica, ha habido últimamente una horrosa tempestad, durante la cual fue despedido un rayo, cuyo rastro de fuego era sumamente voluminoso; penetró primero en la iglesia de los Agustinos recorriendo todo el interior; en seguida subió al campanario, donde devoró la veleta y dejó torcida la cruz sin quebrantarla. Desde este punto partió veoz el meteoro, y produciendo una detonacion espantosa, entró en un colegio de jóvenes de la misma ciudad, y parándose con especialidad en una de las cátedras de matemáticas, donde se hallaban reunidos varios alumnos, arrebató á uno de ellos el brazo y la pierna derecha, dejando sin resolver por aquel dia una operacion de reduccion de enteros á quebrados. El único entero que á tal estado vino á reducirse, fue el cuerpo del pobre alumno: entretanto, espantados los demas con semejante *leccion viva*, echaron á correr con el profesor temiendo unos y otros concluir demasiado pronto el curso de sus operaciones matemáticas.

M. X... vecino de Rouen, hallándose á punto de casarse, mandó componer y pintar la habitacion en que vivia. Mas tuvo la imprudencia de continuar durmiendo en ella, á pesar de estar fresca todavía la pintura: el resultado fué que empezó á sentirse bastante malo, por espacio de unos cuantos dias, hasta que al fin sucumbió en medio de la pernicioso atmósfera que se habia formado por efecto de la pintura, muriendo precisamente la víspera del dia señalado para la boda.

Un periódico de los Estados Unidos refiere que cierto editor famoso en aquel país acaba de ofrecer 100,000 duros á M. F. Cooper por la composicion de una novela en diez volúmenes, cuyo asunto deberá señalarse, si acepta la propuesta.

## VARIEDADES.

Señores redactores del *Eco del Comercio* —Muy señores míos: Cansados de recibir reclamaciones de los suscritores de provincia al periódico titulado *Tío Vivo*, por una mala inteligencia, confundiendo los editores propietarios con los redactores, nos vemos en la necesidad de manifestar al público que el único responsable de esta falta es don Antonio Vidal, como representante del establecimiento tipográfico que se deno-

minaba Union Literaria é Industrial; y lo avisamos á los suscritores del *Tío Vivo* para que dirijan las reclamaciones á dicho señor Vidal.—Juan M. Villergas.—Antonio Neira de Mosquera.

## MONUMENTOS ANTIGUOS Y MODERNOS,

COLECCION

Que constituye la historia de la arquitectura de los diferentes pueblos en todas las épocas, reunida por primera vez en una obra completa con el objeto de facilitar los estudios históricos y monumentales, y comprensiva de las correspondientes noticias arqueológicas.

Se han repartido á los señores suscritores las entregas diez y nueve y veinte de esta hermosa obra.

DECIMANOVENA ENTREGA.

PERIODO MODERNO.—MONUMENTOS DE LOS SIGLOS XVI, XVII y XVIII.—ITALIA.—Construcciones religiosas.—Basilica de San Pedro en Roma, primera parte. El texto se dará con la tercera parte.

VIGESIMA ENTREGA.

EDAD MEDIA.—ESTILO ARABE.—BIZANTINO.—ESPAÑA.—Construcciones religiosas.—Mezquita de Córdoba, segunda parte. La noticia arqueológica se dará con la tercera y última parte.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Esta obra constará de 200 entregas próximamente; cada entrega, que saldrá acompañada de dos grabados en acero con dos ó cuatro páginas de texto en folio, se publicará con la brevedad posible, dándose una ó dos entregas todas las semanas. El señor Boix tiene ya en su poder la mayor parte de las láminas, por lo que no tendrá interrupcion alguna esta publicacion. Los suscritores tendrán la obra finalizada en un término corto, porque el editor no perdona medio alguno para llevar á cabo las empresas mas costosas, y poder complaceer á sus numerosos suscritores.

Precio de cada cuaderno, 6 rs. en Madrid, y 8 en las provincias.

Se suscribe en Madrid, librerías de su editor D. Ignacio Boix, calle de Carretas, núms. 8, y 35, y en la de los señores Viuda de Calleja é Hijos, en la misma calle, así como en todas las librerías de España y del extranjero.

## TEATROS.

DE LA CRUZ.

La funcion que se ha de ejecutar esta noche será anunciada por carteles.

DEL PRINCIPE.

A las ocho de la noche: se pondrá en escena la comedia nueva, en tres actos y en verso, titulada *LA ENTRADA EN EL GRAN MUNDO*. Popurrí de bailes nacionales. Terminará el espectáculo con la comedia en un acto titulada: *LOS DOS PRECEPTOS*.

DEL CIRCO.

A las ocho de la noche: *MARIA DI ROHAN*, ópera en tres actos.

DE VARIEDADES.

A las ocho y media de la noche, á beneficio de los señores Rosa y Cerro, el drama en tres actos y en verso, original de los beneficiados, titulado: *HEROISMO Y VIRTUD O EL HIJO DEL PUEBLO*; por solo un real de aumento por localidad percibirá cada persona un ejemplar impreso del drama. Intermedio de baile. Terminará la funcion con la aplaudida comedia en un acto, original de don Juan Martinez Villergas, titulada: *EL ASISTENTE*.

Editor y Redactor principal, JUAN PEREZ CALVO.

IMPRENTA DE BOIX, calle de Carretas, núm. 8